LOPE, EN TELEVISION

A más de medio camino entre Avila y Madrid, una parada. El tiempo duda—la primavera a un lado, el invierno a otro—en sus voluntos, y anda, al cabo en tierra de nadie, mientras uno duda también, al entrar en el bar que hay junto a la carretera, si echarse a la boca una Coca-Cola (ya ibérica a fuerza de uso) o un coñac pregriposo.

Está la noche ahí, oscurísima, con su cerco de lobos, y casi en el interior del establecimiento. Hay penumbra. Es la penumbra apta para novios, no la del chigre penurioso de luz. Día de fiesta es hoy: 1 de mayo. Al fondo del local, sobre un mínimo soporte, funciona un aparato de televisión. 1 de mayo y Lope. En el televisor pasan y pasan imágenes retransmitidas desde el Estadio Bernabeu, que descansa del fútbol para convertirse—es un decir—en corral de comedias. El *Fénix de los Ingenios*—fénix sin cenizas—es representado en fragmentos, con adornos de cante y baile.

En estas alturas, los espectadores que hoy tiene Lope son personas del muy pueblo: hombres de boina y tabaco bien oscuro; mujeres que han sacado en lo posible al traje la fecha de holganza; niños sentados en las rodillas de los mayores. Todos permanecen atentos, incómodos, callados, en el callejón del bar. El ruido corre a cuenta de los que entramos aprisa, con inevitable aire de viajeros y de sabérnoslas todas. "¡Ah, sí, Lope!" El que más y el que menos ha pensado ya publicar tres, cuatro o cinco artículos en la ocasión del IV centenario. El que más y el que menos—el autocar viene cargado de escritores—repasó, con tiempo, la obra del poeta buscando qué decir para adelantarse a las ocurrencias de los otros del oficio.

Algunos, mientras el mozo sirve las bebidas, anticipan, anticipamos, lo que mañana o pasado va a ir a la imprenta:

—Yo digo que Lope es como unos cuantos puntos vivacísimos en una selva muy poblada.

—Lope hizo sus versos al hilo del vivir, de sus propios asuntos y de muchos otros asuntos.

—Lope entra y sale, acude a todo, sobre la marcha.

—No necesita que le revivan en cada centenario, como le ocurre a otros.

—¿Recuerdas lo que dijo Dámaso Alonso?

—Sí: Lope, poeta nacional.

—Está al margen de todos los ismos.

—En el teatro lo inventa todo. En la poesía...

—Vamos, vamos. Pero si precisamente es ahí donde pone su garra.

—Habría que discutirlo.

—Ya veremos.

Desde la zona oscura, alguien sisea. Sube el humo hasta casi la pantalla del televisor, donde ahora están sonando los versos de *El heredero del cielo*. Instantes después bailan y cantan un aire de siega—¿es de siega?—al que sucede el diálogo, a través de una reja, de dos enamorados.

Un hombre viejo—morenez agrietada—tiene la mano puesta en la mejilla. Cuando da un tiento a su vaso de vino no deja de mirar a la pantalla, calidoscopio lopesco, revuelo de palabras con rima y de trajes bonitos. ¿Qué sabe de Lope? ¿Sabe siquiera que fué un madrileño revoltoso de vida y de pluma al que los versos le nacían directamente del corazón, ese órgano tan desprestigiado en la actualidad? Este hombre viejo no publicará nada. Pero sus ojos, más bien escondidos, publican un gozo primerizo e ingenuo que sube y baja al mismo ritmo que cuanto ve. Llega a echarse la boina para atrás, como si empezara a estorbarle. Bien mirado, no necesita que le proporcionen antecedentes de Lope, con el que se encontró seguramente por primera vez esta tarde.

Este y los otros espectadores, sentados, confundidos en la oscuridad del doble anónimo, no pierden sílaba. Y los de a pie, a la vera del mostrador, pensamos y decimos: *El pueblo escucha a Lope.*

Es fácil imaginar esta sobreimpresión: el público de un corral de comedias en el siglo XVII, al fondo de este público pueblerino de 1962, ante el que pasa y pasa algo de la obra del poeta, a través de ondas, desde todos los ángulos, pero, ¡ay!, más distante. En los dos tiempos, Lope es un magnífico espectáculo vital.

—¿Recuerdas lo que dice Vossler?

—Naturalmente. Hace unos días estuve releyéndolo. Me han encargado un trabajo.

—A mí también.

Aumenta el tono de la música. La cámara toma una perspectiva en picado del conjunto de actores que saludan ceremoniosamente. Después aparecen otros. Sigue el Festival.

Es tarde para los viajeros escritores. Hay que subir de nuevo al autobús.

Allí queda y pasa y sigue Lope en imágenes—¡qué gran guionista cinematográfico hubiese sido!—con el vulgo, al que llamó necio en un instante de buen humor.

Con ese vulgo—¡hala, Lope!—que le escucha silenciosamente. ¿No es buen homenaje?

JIMENEZ MARTOS